

LAS OPERACIONES SOBRE ALHUCEMAS

SE QUIERE EFECTUAR UN CAMBIO RADICAL DE POLÍTICA EN NUESTRA ZONA DE MARRUECOS

Se piensa en la repatriación de 30.000 hombres

Por teléfono.-Madrid, 11, 0,15

EN LA SEMANA PROXIMA

En los círculos políticos y militares se considera como cosa fuera de dudas, que el general Aizpuru está ya de hecho designado para desempeñar el cargo de Alto Comisario de España en Marruecos.

Créese que dentro de la semana próxima el general Aizpuru saldrá para África a fin de posesionarse del cargo que se le adjudica.

El general Berenguer esperará en Melilla la llegada de su sucesor, con objeto de informarle detenidamente de los asuntos de aquella zona.

HACIA LA ACCION POLITICA

Lo mismo la dimisión del general Berenguer, que el nombramiento que se espera del general Aizpuru, significan un cambio radical en la política que ha de ejercerse en la zona del protectorado español en Marruecos.

El general Berenguer y el ministro de la Guerra en el Gabinete anterior, señor Cierva, eran decididos partidarios de hacer una labor militar a sangre y fuego, para conseguir la pacificación y sometimiento de las cabilas.

El nuevo ministro señor Olaguer y el general Aizpuru, tienen un criterio distinto, pues consideran que aparte de no señalarnos los tratados la obligación de una acción militar, ésta no puede dar resultados prácticos, y por lo tanto corresponde ejercer la acción civil de una manera principal.

A BENI-URRIAGUEL SIN DISPARAR UN TIRO

Un periódico de la noche afirma que uno de los ministros que componen el actual Gabinete ha manifestado que es posible, y que a ello se irá, efectuar la operación de avance sobre Alhucemas sin disparar un solo tiro.

Esto, como es natural, significa que se quiere intentar la política de penetración pacífica, de la cual ha sido partidario también el señor Sánchez Guerra, según manifestó en más de una ocasión al jefe del anterior Gobierno.

REPATRIACION DE 30.000 SOLDADOS

De ser ciertas estas noticias, puede creerse también cierto el rumor de que el nuevo Gobierno se propone proceder inmediatamente a la repatriación de 30.000 soldados.

Es muy posible que la cifra de los que se repatrien pueda todavía ampliarse en el caso de que se lleven a cabo los proyectos pacifistas que quieren orientar la campaña de Marruecos.

LAS OPERACIONES SOBRE ALHUCEMAS

El jefe de la escuadra, vicealmirante Aznar, que tenía anunciada su salida para África, la ha demorado dos días con objeto de poder cambiar impresiones con el nuevo ministro de Marina.

SE NECESITAN

Muy buenas oficiales modistas. Informarán: Moraza, 1, primero

Los periodistas hablaron con el vicealmirante Aznar acerca de las operaciones sobre Alhucemas, y obtuvieron la respuesta de que la opinión se encuentra muy equivocada acerca de dichas operaciones, pues en el caso de ejecutarse requirieran una larga preparación que no se ha hecho.

Por lo tanto—añadió—no hay que hablar de una cosa inmediata. Ignoro si se efectuarán, pero aún en el caso de que así ocurra tiene que pasar todavía bastante tiempo antes de que se efectúen.

Estas declaraciones han sido muy comentadas, pues parecen confirmar las impresiones optimistas que se tienen acerca de los propósitos del Gobierno.

En el transcurso de un año

Se ha cumplido el primer aniversario de la muerte del señor Dato, ocupando la presidencia del Consejo de ministros. Ha descrito la Tierra en su vagar por el espacio un ciclo completo, y girado alrededor de su eje 365 veces; el primer movimiento con velocidad de 30 kilómetros por segundo, y el segundo con los kilómetros en la misma unidad de tiempo.

Y entretanto, ¿qué ha hecho España? Dos Gobiernos se han sucedido. El presidido por don Manuel Allendalazar, que empleó la guillotina para sacar del Parlamento el contrato de la Tabacalera, y cayó con lo que denominamos la rota de la Comandancia de Melilla. Su ministro de la Guerra fué el vizconde de Eza, a quien van a hacer pasar a la historia mis paisanos dando su nombre a un paseo en pago de no sé qué servicio que, —dicen—, prestó a Donostia con motivo de la compra del Castillo. Tenía razón sobrada el ilustre Fernández Florez cuando aconsejaba al vizconde que no se retirara de la política por lo de la rota de Annual. Que pocos días antes del desastre había paseado su uniforme de ministro por tierras africanas encontrando todos los servicios perfectamente atendidos y la realidad ha demostrado que el señor vizconde, al que hemos consagrado eminente sociólogo, de observador no tiene la menor dosis? Cuando su nombre quede grabado en la placa anunciadora del paseo donostiarra, no las generaciones venideras, la de hoy —sabido es— que el pueblo español padece de absentismo de pensamiento y de aprensia— al leer su nombre, automáticamente, sin darse cuenta, lo catalogará entre los hombres cumbres.

El desastre africano sirvió para elevar de nuevo a Maura, el hombre que habiendo figurado en la política española en toda la época de la decadencia nacional, pudo ser titulado el salvador de España, gracias a la abulia del pueblo. Y don Antonio Maura, en su vehemente deseo de servir a la nación, colocó frente del ministerio de Hacienda a don Francisco A. de Cambó, siempre diputa-

do por Barcelona y a ratos ministro del rey. Utilizó la guillotina para aprobar la ordenación bancaria que para nada necesitaban los intereses generales del país, y decretó el ya famoso Arancel en cuya partida se vislumbra, por el menos conocedor del mapa industrial español, el favor, cuando no al familiar, al amigo. No será extraño que dentro de media docena de años, si otra convulsión sacude hasta los cimientos del régimen, padezcamos un nuevo Gobierno Maura con el remoquete de salvador.

No tenemos enmienda. Cuando esta mañana hojeaba unos libros en un establecimiento próximo a la iglesia de San José, salieron del templo las juventudes católicas que, utilizando la permanencia en el ministerio de Instrucción Pública de un espíritu inquisitorial, han conseguido sea declarado fiesta escolar el día de hoy bajo pretexto de conmemorar el «Divi Thomae Aquinatis». Ecos jóvenes que han cambiado la sinceridad por el egoísmo al someterse incondicionalmente a las imposiciones dogmáticas, molestos, porque la Universidad, con el derecho que su autonomía le presta, había declarado no celebraría esa fiesta impuesta al ministro por los que aspiran en el siglo XX a matar la libertad de la cátedra, al salir del templo demostraron que reverencian al Pretorio y no la Cruz, ya que el Templo les inspiró el grito de «Muere Carracido» que pronunciaron al pisar el umbral de la mansión en que se predica la religión del que murió por amor a los hombres.

¿Que ese es un grito inconsciente de juventud? Desde luego; no voy a permitirme suponer que esos jóvenes, tan cautos que a la edad de las ilusiones piensan con reservas mentales, desean la muerte del ilustre rector de la Universidad Central. Es un desgraciado síndoma educativo, que se agrava con la actitud adoptada por los mismos jóvenes con el sabio y anciano decano de la Facultad de Derecho, señor Ureña, al irrumpir en la Universidad, después de la ceremonia religiosa, en son de protesta por haberse celebrado la mayoría de las clases.

Lo enorme es que el partido liberal-conservador encargado del Poder no respeta en su ministerio al señor Matos, que representaba a ese partido en el congreso cuando que acabó de caer, y, en cambio, sigue regentando el ministerio de la Instrucción Pública representando al señor Maura el mismo hombre que pertenece como decía Azcárate, al partido de los católicos preocupados.

El año 1922 rige en España la enseñanza, dovela de la bóveda que sostiene a los países, un enemigo de la libertad de cátedra. Para explicar este absurdo, sería preciso crear una teoría mucho más difícil de explicar que la de Einstein.

Ya se agita entre los escolares ofendidos por la actitud ministerial la idea de pedir que sea también fiesta escolar el día que conmemora la expulsión de los Jesuitas de los reinos de España.

Yo, liberal, me pregunto: ¿Pero para qué derrotaron a los carlistas? ¿Por qué tanta sangre derramada?

JUAN USABIAGA.

Lo que les faltaba a los portugueses

Madrid, 11, 0,15.

Viajeros llegados de Lisboa dan cuenta de que en la república portuguesa se ha desarrollado con extraordinaria virulencia la peste neumónica, que se propaga con más intensidad que la bubónica y que está ocasionando numerosas víctimas.

Por donde se debió empezar

Puede afirmarse, sin temor a errar. Cada vez que Cierva, hosco y ceñido, se retira al Aventino murciano, España está de enhorabuena. Alguien va a remediar el estrago, que inevitablemente, produce allí donde pone su puño prieto de cacique el ex ministro de la Guerra.

Cuando leímos que el malogrado marqués del Gururú se marchaba a su feudo, del brazo de su fiel Maestró, supusimos que el nuevo titular de Guerra enmendaría, en parte, el entuerto marroquí. Como ha ocurrido, afortunadamente.

Lo ha dicho, con rudeza marcial, el general Olaguer. Habrá cambio de orientación en Marruecos. La primera novedad, ciertamente halagüeña, consistirá en la sustitución del general Berenguer—héroe en Xauen y diplomata en Pizarra—por el general Aizpuru. Se desistirá, por consiguiente, del aparato bélico con que se justificaba nuestra inacción y se enmascaraba nuestro fracaso. Se irá derechamente a la acción política, a la captación de moros influyentes, a la diplomacia, al Protectorado, en suma. Ya dicen los optimistas—¡benemérita é inextinguible raza!—que penetremos sin disparar un tiro en el «saneta sanctorum» de Abd-el-Krim, en «el muy alto y poderoso Estado independiente de Beni-Urriaguel».

Quiere ello decir, en canto llano, que para demostrar nuestro deseo civilizador, haremos algo más y mejor que poner el estandarte verde del Mahzen en manos de un «askari» fornido después de cada sonora victoria. Significa tanto como restringir gastos y ahorrar vidas y dejar reducida la aventura norteafricana a sus límites naturales.

Nunca debimos cruzar el Estrecho para llevar al Rif nuestros cartuchos civilizadores. Nos lo vedaba nuestra hacienda escasa, nuestro solar inculto y nuestra sangría emigratoria. Pero ya que fuimos, justo es que acooplemos los esfuerzos a las posibilidades. Van transcurridos ocho meses desde la jornada de Annual. Llevamos ya dos empantanados en Dar-Drius, hostilizados y acosados mientras forjamos planes maravillosos de desembarcos y de ataques.

Todo un ejército de casi cien mil hombres no nos basta para penetrar en Beni-Said y envolver Monte Mauro, ocupado incrementamente en tiempos de Silvestre con nada copiosos contingentes de tropas. Los saltadores llegan hasta Beni-Sicar, y roban y piratean a placer. Continuamos con la táctica de las posiciones fijas, de los blocaos colgados de un picacho, con batallones inmovilizados y con compañías aisladas, distantes de la aguada, cerca de la cual acecha el «paco» con la «fusila» atenta. Como antes de la rota de Melilla, como en los días del Barranco del Lobo es nuestro—y eso, mientras estemos despiertos y avizores—el terreno que pisamos. Pero no tenemos—fuera del fidelísimo Abd-el-Kader y de los muy dudosos notables sometidos a pesar suyo—un solo moro influyente que nos sea adicto. Teniendo tan cerca el ejemplo de Francia, no lo hemos sabido imitar. Por las señales, vamos a hacer un nuevo y saludable cuarto de evolución. Repatriaremos soldados, pondremos sordina a la trompa bélica y reanudaremos la política de negociación. ¡Ojalá la hubiésemos emprendido hace algunos años! Posiblemente hoy sería Abd-el-Krim, en vez de un acerbido enemigo, un aliado leal.

Però nunca es tarde, si se sabe escarmentar a tiempo. Y alguna esperanza nos da de que se escarmiente el nombre del general Aizpuru, el hombre que, a dejarle lugar las mudanzas políticas, hubiese atraído al Raisulí a la causa de España.